Alguien que se va para despertar: “La resucitada” e “Historia de una hora”, un quiasmo semántico

Cristina Patiño Eirín

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

“La force expressive du vigoureux réalisme de leur auteur prête à ces sortes de récits [beaucoup de contes dramatiques ou tragiques] une grande valeur émotionnelle, les drames humains y étant saisis dans un puissant raccourci sont cependant des inventions de leur auteur. Ils n’ont pas les dimensions des précédentes narrations et leur force d’évocation reside précisément dans leur brièveté. Grâce au talent de l’écrivain la mission du conte, qui est de capter dans un espace réduit un moment vital d’une intensité particulière, apparaît pleinement accomplie dans ce type de récit plus parfaitement peut-être que dans aucun autre”

(Nelly [Legal] Clemessy, *Emilia Pardo Bazán. Contes perdus et retrouvés*, Thèse [inédiée, Université de Montpellier, 1967-68, Tome I, p. 144).

(recibido xuño/2018, revisado xuño/2018)

RESUMEN: Se ponen en relación y se editan, a partir del cotejo de sus fuentes, sendos relatos de Emilia Pardo Bazán y Kate Chopin para hacerlos entablar un diálogo en torno a la noción de la huida y el genuino despertar femeninos.

PALABRAS CLAVE: Emilia Pardo Bazán, Kate Chopin, cuentos en espejo, edición crítica, "La resucitada", "Historia de una hora", El despertar.

ABSTRACT: By cross-checking their respective sources, Emilia Pardo Bazán's and Kate Chopin's short stories are both edited and brought together, in order to get them engage in a dialogue around the notion of woman's flight and genuine awakening.

KEY WORDS: Emilia Pardo Bazán, Kate Chopin, mirror short stories, critical edition, "The Resuscitated", "Story of an Hour", The Awakening.

Hay textos que dejan huella, que vienen y van, y que en su estela producen efectos de flujo y reflujo, como de *boomerang*. Volver a ellos a través de las insospechadas asociaciones que pueden llegar a entablar entre sí nos hace conscientes de su recurrente permanencia, del diálogo que urden a través de los años. Porque su instancia enunciativa no se mantiene encastillada y solitaria, sino que genera magnetismos, traspasa la barrera de las convencionales fronteras que tantas veces hacen de las mujeres escritoras seres absortos en una soledad abismada. Es un hecho indudable que Emilia Pardo Bazán no leyó a Kate Chopin, ni viceversa. Fueron las suyas, no obstante, soledades creativas que discurrieron

paralelas, condenadas a no encontrarse nunca. Y, sin embargo, dos de los relatos a ellas debidos, dos títulos que no comparten nada, ni siquiera un ápice de cariz sobrenatural o de cariz anodino o banal, contienen una fuerza literaria concomitante, proyectan una fascinación que no deja de reverberar, aun cuando no dependan de recursos preciosistas, sino tan solo del poder evocador de un misterio que no se acepta como ultraterreno, ni, por ende, religioso, porque ya desde el comienzo el narrador incluso ironiza con la atribución de un regreso del más allá. No hay trampa alguna, el misterio procede de otra fuente, más inquietante aún...

“Una historia de fantasmas” como la calificó Cristina Fernández Cubas, que sabe del asunto como pocos, y como hace presumir su salida popular en libro con cubierta que muestra calaveras que recorren cortinas y espectrales castillos roqueros, un cuento de horror, un relato espeluznante... son etiquetas que hoy acaparan el interés lector como en los tiempos de la novela gótica y que ya se emparentaban antes con las historias protagonizadas por personajes de estirpe uliseica cuyo regreso es siempre inminente. Para ellos y para los demás. Una vuelta a casa que no se producirá o que, de producirse, frustrará la expectativa de felicidad forjada a lo largo de la espera sobrevenida tras una traumática desaparición. Javier Marías ha contado alguna vez que esa es la materia de sus sueños: un ser abolido que tal vez vuelva, que vuelve cuando ya nadie lo espera. El coronel Chabert, en la balzaquiana novela homónima de 1832, es un renovado Odiseo que experimenta “le dégoût de l’humanité”. Se abre un campo para la obsesión: “qué bueno es vivir, revivir, no caer en el pozo oscuro”, leemos más abajo. Las criaturas de Poe, del mismo Balzac, de Stoker¹ y tantos otros han colmado con sus hórridos retornos apetitos lectores que aún nos habitan.

Pero frente al imaginario romántico del que parten, con su frustrado vaivén erótico, al que sin duda remiten como al último eslabón de una cadena antigua, no juegan a promover una suerte de lectura maravillosa. No tejen con esos hilos truculentos sus relatos, aunque ese bien pudiera haber sido el derrotero y hasta pueden llegar a orillarlos (hay sepulcros y losas, accidentes inesperados, síncope...). Por el contrario, nos hallamos ante relatos que pergeñan la desactivación del misterio, ante relatos en que el horror consiste en los otros (en palabras de Sartre, “l’enfer, c’est les autres”). Asistimos a toda una basculación del eje. Una mujer sometida al sacrificio en los dos casos, pese a que, o más bien porque, en Chopin, hay un aparecido; una aparecida en Pardo Bazán. El desenlace es el mismo, la conclusión igual para un ejercicio de distinto recorrido que revela la leve o nula persistencia del amor, la incompreensión de la muerte en alianza con la vida. Los dos cuentos llevan a la irreductibilidad de la muerte, a toda una reflexión metafísica, además de a una amarga constatación. Las dolencias del corazón (síncope, enfermedad coronaria) se transmutan en los males del alma, tanto o más destructivos, acaso más aniquilantes.

Traemos aquí a colación dos testimonios narrativos no muy distantes en el tiempo ni tampoco en las coordenadas mentales de su creación, firmados por escritoras persuadidas de cuáles son las funciones que sus criaturas femeninas desempeñan, inmersas como

¹ *Drácula* está en la Biblioteca de Emilia Pardo Bazán en sus Torres de Meirás, pendiente de catalogación.

lo están en dinámicas de género que solo pueden ser conscientes; como lo son de cuáles son las que se espera que esgriman y de cuáles han de sumirlas en la pasividad. El protagonismo femenino, visible desde el título informativo y de tejas abajo de Pardo Bazán, queda postergado en el de Chopin, pero esa circunstancia no lo mitiga, antes al contrario (la traducción al castellano aún lo refuerza por la aliteración femenina de “hora”, reduplicación parcial trunca de “Historia”, fonosimbolismo ausente en el original inglés). Leídos en las hojas volanderas de la revista *Vogue*, en 1894, y del periódico *El Imparcial*, en 1908, respectivamente, su impacto hubo de ser notable porque fueron elevados al rango de cuentos compilados en libro por sus autoras, tras un intervalo mínimo en Chopin y más demorado, que permitió trasegar el texto y pulirlo con esmero, en Pardo Bazán.

HISTORIA EDITORIAL DE DOS CUENTOS QUE SE ENHEBRAN

El cuento firmado por “La Condesa de Pardo Bazán” se publicó por vez primera en las páginas de *El Imparcial* (I), en convivencia con otros de Fray Candil, Alejandro Sawa, Jacinto Benavente y José Ortega y Gasset, el 29 de junio de 1908, Año XLII, Núm. 14.831, al precio de 5 céntimos el número suelto (Paredes, aunque remite a esta fuente, no la sigue), sin motivación alguna de calendario, bien lejos de fechas más propicias acaso, como la del Día de Difuntos. La autora, ya consagrada y a punto de abandonar la narrativa larga, fabulaba sobre unos personajes pertenecientes a un núcleo familiar que los lectores del periódico fundado por Gasset y Artime tal vez recordaran: una hermana de la protagonista de “La resucitada”, Estrella de Guevara, había protagonizado a su vez otro relato de ambientación siglodorista (que no medieval, a tenor de las referencias históricas) titulado “La madrina” (*El Imparcial*, 1 de diciembre de 1902, que también incluirá en el volumen, último de los suyos en vida de contenido cuentístico, de 1912, *Cuentos trágicos*)². Porque ese fue, en efecto, el modo en que quiso calificar la historia de Dorotea de Guevara, lo mismo que lo eran, aunque por razones muy heterogéneas, otros títulos reunidos el año de la muerte de José Quiroga, el que había sido su marido y era padre de sus hijos. En 1912, para esa repristinación de un cuento de cuatro años atrás, Pardo Bazán tuvo a bien volver sobre el texto primigenio —del que no hay, por cierto, rastro manuscrito en su Archivo—, y efectuar varias operaciones de sustitución, adición y permutación que afectaron no solo a la puntuación del mismo sino también a la selección léxica: los usos laístas se imponen, la preferencia por los dos puntos en lugar del punto y coma antes de una conclusión, a “[corazón] fatigado” prefiere “[corazón] debilitado”, se refuerza la pregunta retórica con un adverbio “Acaso”, se sustituye “[ojos] candentes” por “[ojos] lujuriosos” para subrayar la desaparición del deseo erótico en la mirada de su marido...

2 Nelly Clemessy anota al respecto: “Inspirés par le gout du macabre, on trouve *Suerte macabre* qui relate la recherche sinistre d’un billet de loterie gagnant dans une tombe. Beaucoup plus heureux dans son sujet, *La resucitada*, au cadre médiéval, développe le thème de la fausse morte qui sort de son cercueil. Semant l’effroi dans le monde des vivants, elle finit par l’abandonner volontairement quand elle se sent devenue un objet d’horreur” (Vid. *Emilia Pardo Bazán, contes perdus et retrouvés*, Op. cit., 1967-68, p. 145). En sus *Cuentos Completos*, Juan Paredes Núñez da un listado de personajes y se fija en “GUEVARA, Dorotea de: Mujer dada por muerta, que tras volver a la vida, tiene que enterrarse voluntariamente al comprobar cómo hasta su propia familia le tiene horror”. (Cfr. Tomo IV, A Coruña, Fundación Barrié de la Maza, 1990, p. 398). Doña Estrella de Guevara protagoniza “La madrina”, *El Imparcial*, 1 de diciembre de 1902.

El volumen de *Cuentos trágicos* (CT), Madrid, nº 9 de la Biblioteca Popular Renacimiento, Imprenta de Prudencio P. de Velasco, s. a. [1912], 256 páginas era resultado en rústica del codificado, *bien rangé* volumen XLI de sus *Obras Completas*, de 1912, con *Belcebú*, también de 1908. De un total de veintisiete cuentos, ocupa “La resucitada” la décima posición (pp. 79-85), entre “Durante el entreacto” y “El tesoro de los Lagidas”, ocho posiciones anterior a “La madrina”, en la secuencia que sigue: “El pozo de la vida”, “La mosca verde”, “El aljófár”, “La cana”, “La cita”, “Nube de paso”, “*Drago*”, “La tigresa”, “Durante el entreacto”, “La resucitada”, “El tesoro de los Lagidas”, “*Dura Lex*”, “El peligro del rostro”, “Recompensa”, “Dioses”, “Idilio”, “Por otro”, “La madrina”, “El pajarraco”, “La leyenda de la torre”, “La almohada”, “Hijo del alma”, “Arena”, “Argumento”, “*Santiago el Mudo*”, “La pasarela”, “Doradores”. Diez de ellos fueron tomados de *El Imparcial*. Todos, aunque Paredes no documente siete de ellos, aparecieron anteriormente en la prensa: nueve de *El Imparcial* 1902-1908, seis de *La Ilustración Española y Americana*, entre 1909 y 1912, uno de *La Ilustración Artística*, 1902, dos de *Blanco y Negro*: de *Cuentos nuevos* y de *Cuentos sacro-profanos*, dos en cada caso. El relato cruzó el Charco y se publicó en México, a partir de la versión libresca, y omitiendo el título de Condesa junto a los apellidos de su autora, en *El Informador. Diario independiente*, Guadalajara, México, el 25 de febrero de 1918, n 143, p. 4, (M)³. El texto ha sido recogido en posteriores ediciones modernas: Paredes Núñez (Tomo III, 1990: 143-145), Aguilar, incluso en alguna de bolsillo (2000). Puede leerse en las *Obras Completas* de la autora, en la Editorial Castro, a cargo de Darío Villanueva y José Manuel González Herrán⁴, en el volumen X, 2005, pp. 445-448.

Edito a continuación el cuento “La resucitada” a partir de la última versión de la autora, la de *Cuentos trágicos*, correspondiente a su última voluntad, de 1912. En nota, recojo las variantes que esta lección implica con respecto a la primera edición, la de *El Imparcial*, del 29 de junio de 1908, y la salida mexicana. Desarrollo abreviaturas, actualizo ortografía y suprimo las tildes de monosílabos, respetando en todo lo demás los usos de la escritora.

LA RESUCITADA

Ardían los cuatro blandones soltando gotazas de cera. Un murciélago, descolgándose de la bóveda, empezaba a describir torpes curvas en el aire. Una forma negruzca, breve, se deslizó al ras de las losas,⁵ y trepó⁶ con sombría cautela por un pliegue del paño mortuario. En el mismo instante abrió los ojos Dorotea de Guevara, yacente en el túmulo.

³ Debo el dato de esta referencia hemerográfica a María del Mar Novo Díaz.

⁴ Quien ha estudiado el cuento en su metamorfosis fílmica, titulada *El regreso*, 1975, que se atreve a tergiversar su desenlace y a dar la prehistoria cifrada, como pueden comprobar los lectores de este número de la revista.

⁵ al ras de las losas y] I

⁶ tropezó] M

Bien sabía que no estaba muerta:⁷ pero un velo de plomo, un candado de bronce la⁸ impedían ver y hablar. Oía, eso sí, y percibía –como se percibe entre sueños– lo que con ella hicieron al lavarla y amortajarla. Escuchó los gemidos de su esposo, y sintió lágrimas de sus hijos en sus mejillas blancas y yertas. Y ahora, en la soledad de la iglesia cerrada, recobraba el sentido, y la⁹ sobrecogía mayor espanto. No era pesadilla, sino realidad. Allí el féretro, allí los cirios...¹⁰ y ella envuelta en el blanco sudario, al pecho el escapulario de la Merced.

Incorporada ya, la alegría de existir se sobrepuso a todo. Vivía; ¡qué bueno¹¹ es vivir, revivir, no caer en el pozo oscuro! En vez de ser bajada al amanecer, en hombros de criados,¹² a la cripta, volvería a su dulce hogar, y oiría el clamoreo regocijado de los que la amaban y ahora la lloraban sin consuelo. La idea deliciosa de la dicha que iba a llevar a la casa hizo latir su corazón, todavía debilitado¹³ por el síncope. Sacó las piernas del ataúd, brincó al suelo, y con la rapidez suprema de los momentos críticos combinó su plan. Llamar, pedir auxilio a tales horas,¹⁴ sería inútil. Y de esperar el amanecer en la iglesia solitaria, no era capaz; en la penumbra de la nave creía que asomaban caras fisgonas de espectros [y]¹⁵ sonaban dolientes quejumbres de ánimas en pena... Tenía otro recurso: salir por la capilla del Cristo.

Era suya: pertenecía a su familia en patronato. Dorotea alumbraba perpetuamente, con rica lámpara de plata, a la santa imagen de Nuestro Señor de la Penitencia. Bajo la capilla se cobijaba la cripta, enterramiento de los Guevara Benavides. La alta reja se columbraba a la izquierda, afiligranada, tocada a trechos de oro rojizo, rancio. Dorotea elevó desde su alma una deprecación fervorosa al Cristo. ¡Señor! ¡Que encontrase puestas las llaves! Y las palpó: allí colgaban las tres, el manajo; la de la propia verja, la de la cripta, a la cual se descendía por un caracol dentro del muro, y la tercera llave, que abría la portezuela oculta entre las tallas del retablo y daba a estrecha calleja, donde erguía su fachada infanzona el caserón de Guevara, flanqueado de torreones. Por la puerta excusada entraban los Guevaras a oír misa en su capilla, sin cruzar la nave. Dorotea abrió, empujó... Estaba fuera de la iglesia,¹⁶ estaba libre.

Diez pasos hasta su morada... El palacio se alzaba silencioso, grave, como un enigma. Dorotea cogió el aldabón,¹⁷ trémula, cual si fuese una mendiga que pide hospitalidad en una hora de desamparo. «¿Esta casa es mi casa, en efecto?», pensó, al segundar el

7 :] M ;] I

8 le] M

9 le]M, I

10 ...,] I, M

11 Vivía ¡Qué bueno] I

12 de criados a la cripta] I, M

13] M, fatigado] I

14] I, ,] M

15 ;] I, y] M

16 ;] I, ,] M

17 ,] M,] I

aldabonazo firme... Al tercero, se oyó ruido dentro de la vivienda muda y solemne, envuelta en su recogimiento como en larga faldamenta de luto. Y resonó la voz de Pedralvar,¹⁸ el escudero, que refunfuñaba:

–¿Quién? ¿Quién llama a estas horas, que comido le vea yo de perros?

–Abre, Pedralvar, por tu vida... ¡Soy tu señora, soy doña Dorotea de Guevara!... ¡Abre presto!...

–Váyase enhoramala el borracho... ¡Si salgo, a fe que lo ensarto!...¹⁹

–Soy doña Dorotea... Abre... ¿No me conoces en el habla?

Un reniego, enronquecido por el miedo, contestó nuevamente. En vez de abrir, Pedralvar subía la escalera otra vez. La resucitada pegó dos aldabonazos más. La austera casa pareció reanimarse; el terror del escudero corrió al través de ella como un escalofrío por un espinazo. Insistía el aldabón, y en el portal se escucharon taconazos, corridas y cuchicheos. Rechinó, al fin, el claveteado portón entreabriendo sus dos hojas, y un chillido agudo salió de la boca sonrosada de la doncella Lucigüela,²⁰ que elevaba un candelabro de plata con vela encendida, y lo dejó caer de golpe; se había encarado²¹ con su señora, la difunta, arrastrando la mortaja y mirándola de hito en hito.

Pasado algún tiempo, recordaba Dorotea –ya vestida de acuchillado terciopelo genovés, trenzada la crencha con perlas²² y sentada en un sillón de almohadones, al pie del ventanal– que también Enrique de Guevara, su esposo, chilló al reconocerla; chilló y retrocedió. No era de gozo el chillido, sino de espanto... De espanto, sí:²³ la resucitada no lo podía dudar. Pues acaso sus hijos, doña Clara, de once años; don Félix, de nueve,²⁴ ¿no habían llorado de puro susto, cuando vieron a su madre que retornaba de la sepultura? Y con llanto más afligido, más congojoso que el derramado al punto en que se la llevaban... ¡Ella que creía ser recibida entre exclamaciones de intensa felicidad! Cierta que días después se celebró una función solemnísimas en acción de gracias; cierto que se dio un fastuoso convite a los parientes y allegados; cierto, en suma, que los Guevaras hicieron cuanto cabe hacer para demostrar satisfacción por el singular e impensado suceso que les devolvía la esposa y a la madre... Pero doña Dorotea, apoyado el codo en la repisa del ventanal y la mejilla en la mano, pensaba en otras cosas²⁵.

Desde su vuelta al palacio, disimuladamente, todos la huían. Dijérase que el soplo frío de la huesa, el hálito glacial de la cripta, flotaba alrededor de su cuerpo. Mientras comía, notaba que la mirada de los servidores, la de sus hijos, se desviaba oblicuamente de sus manos pálidas, y que cuando acercaba a sus labios secos la copa del vino, los muchachos

¹⁸] I

¹⁹ ensarte] CT, M

²⁰ ,] M,] I

²¹ engañado] M

²² perlas, y sentada] I

²³ ;] I

²⁴ Doña Clara de once años, don Félix de nueve,] I

²⁵ ...] I

se estremecían. ¿Acaso no les parecía²⁶ natural que comiese y bebiese la gente del otro mundo? Y doña Dorotea venía de ese país misterioso que los niños sospechan aunque no lo conozcan... Si las pálidas manos maternas intentaban jugar con los bucles rubios de don Félix, el chiquillo se desviaba, descolorido él a su vez, con el gesto del que evita un contacto que le cuaja la sangre. Y a la hora medrosa del anochecer, cuando parecen oscilar las largas figuras de las tapicerías, si Dorotea se cruzaba con doña Clara en el comedor del patio, la criatura, despavorida, huía al modo con que se huye de una maldita aparición...

Por su parte, el esposo –guardando a Dorotea tanto respeto y reverencia que ponía maravilla– no había vuelto a rodearle²⁷ el fuerte brazo a la cintura... En vano la resucitada tocaba de arrebol sus mejillas, mezclaba a sus trenzas cintas y aljófares y vertía sobre su corpiño pomitos de esencias de Oriente. Al trasluz del colorete se transparentaba la amarillez cérea; alrededor del rostro persistía la forma de la toca funeral, y entre los perfumes sobresalía el vaho húmedo de los panteones. Hubo un momento en que la resucitada hizo a su esposo lícita caricia; quería saber si sería rechazada. Don Enrique se dejó abrazar pasivamente; pero²⁸ en sus ojos, negros y dilatados por el horror que a pesar suyo se asomaba a las ventanas del espíritu; en aquellos ojos un tiempo galanes atrevidos y lujuriosos,²⁹ leyó Dorotea una frase que zumbaba dentro de su cerebro, ya invadido por rachas de demencia.

–De donde tú has vuelto no se vuelve...

Y tomó bien sus precauciones. El propósito debía realizarse por tal manera, que nunca se supiese nada; secreto eterno. Se procuró el manajo de llaves de la capilla y mandó fabricar otras iguales a un mozo herrero,³⁰ que partía con el tercio a Flandes al día siguiente. Ya en poder de Dorotea las llaves de su sepulcro, salió una tarde sin ser vista, cubierta con un manto; se entró en la iglesia por la portezuela, se escondió en la capilla de Cristo, y³¹ al retirarse el sacristán cerrando el templo, Dorotea bajó lentamente a la cripta, alumbrándose con un cirio prendido en la lámpara; abrió la mohosa puerta, cerró por dentro, y se tendió, apagando el cirio con el pie...

HISTORIA DE UNA HORA

Sabiendo que la Sra. Mallard padecía de problemas del corazón, se tomaron muchas precauciones para transmitirle, de la forma más suave posible, la noticia de que su marido había muerto.

Se lo dijo su hermana Josephine con frases entrecortadas e insinuaciones opacas que revelaban y ocultaban a medias. Richards, el amigo de su marido, también se encontraba

²⁶ ¿No les parecía] I

²⁷ rodearla] I, M

²⁸ , mas] I

²⁹] M, galanes, atrevidos y candentes] I

³⁰ ,] M,] I

³¹ del Cristo y] I

allí, junto a ella. Fue él quien había estado en la redacción del periódico cuando llegó la noticia del accidente ferroviario, cuya lista de «víctimas» encabezaba Brently Mallard. Esperó tan solo a que la veracidad de esta fuera corroborada por un segundo telegrama y se apresuró para evitar que otro amigo menos cuidadoso y cariñoso fuera el portador de tan triste mensaje.

Ella no escuchó la historia como lo han hecho muchas otras mujeres, con una incapacidad paralizante para aceptar su significado. Rompió a llorar de inmediato en los brazos de su hermana, con un repentino y salvaje abandono. Cuando la tormenta de dolor amainó se retiró sola a su habitación. No permitió que nadie la siguiera.

Frente a la ventana abierta había un cómodo y espacioso sillón. Se hundió en él, presa de un agotamiento físico que inmovilizó su cuerpo y parecía querer alcanzar su alma.

En la plaza que había frente a su casa podía ver las copas de los árboles temblando ante la reciente llegada de la primavera. En el aire flotaba un delicioso aroma de lluvia. En la calle, un vendedor ambulante anunciaba su mercancía. Las notas de una melodía lejana que alguien estaba cantando llegaron levemente a sus oídos y multitud de gorriones trinaban en los aleros.

Aquí y allá podían verse retazos de cielo azulado entre las nubes que chocaban entre sí y se apilaban en el poniente.

Se sentó con la cabeza hacia atrás, apoyada en el cojín del sillón, quieta excepto cuando un sollozo trepaba por su garganta y le sacudía, como si fuera una niña que ha llorado hasta quedarse dormida y prosigue su llanto entre sueños.

Era una mujer joven, con un bello y calmado rostro y unas facciones que dejaban entrever contención e incluso cierto temperamento. Sin embargo, sus ojos carecían de brillo en aquellos momentos, su mirada clavada en la lejanía, en uno de aquellos retazos de cielo azulado. No era una mirada reflexiva, sino que indicaba la suspensión de cualquier pensamiento inteligente.

Algo iba a sobrevenirle y estaba esperándolo con temor. ¿Qué sería? Lo desconocía, pues era demasiado sutil y esquivo para ponerle nombre. Pero lo sentía aparecer furtivamente del cielo para alcanzarla a través de los sonidos, los aromas y el color que impregnaban la atmósfera.

Entonces, su pecho comenzó a subir y bajar agitadamente. Empezaba a reconocer esta cosa que se disponía a poseerla y luchaba con toda su voluntad para rechazarla, con tan poca fuerza como si lo hiciera con sus blancas y delgadas manos.

Cuando se dejó llevar, una palabrita susurrada escapó de sus labios entrecerrados. La murmuró una y otra vez:

—¡Libre, libre, libre!

La mirada vacía y la expresión de terror abandonaron su rostro. Sus ojos permanecieron despiertos y brillantes. Su pulso latía aceleradamente y el flujo de su sangre templaba y sosegaba cada centímetro de su cuerpo.

No se detuvo a preguntarse si la alegría por la que había sido invadida era o no monstruosa. Una percepción clara y exaltada le permitió descartar esa idea por su trivialidad.

Era consciente de que volvería a llorar cuando viera sus manos bondadosas y tiernas cruzadas en la postura de la muerte, su rostro que siempre la había mirado con amor ahora petrificado, gris, muerto. Pero, más allá de aquel amargo momento, pudo ver la larga procesión de años venideros que le pertenecerían únicamente a ella. Extendió los brazos abiertos hacia ellos para darles la bienvenida.

No habría nadie a quien dedicar su vida en los siguientes años, viviría para sí misma. NO habría una voluntad poderosa que doblegase la suya con esa insistencia con la que los hombres y las mujeres creen que tienen derecho a imponer su propia voluntad sobre sus semejantes. Que la intención fuera buena o cruel no hacía que el crimen fuese menor, tal y como lo veía ella en ese momento de clarividencia.

No obstante, le había amado. A veces. A menudo no. ¡Qué importaba! ¡Qué sentido tenía el amor, ese misterio sin resolver, frente a esa energía que de pronto reconocía como el impulso más poderoso de su ser!

–¡Libre! ¡Libre en cuerpo y alma! –continuó susurrando.

Josephine estaba arrodillada ante la puerta cerrada, con los labios contra la cerradura, implorando que la dejara pasar.

–¡Louise, abre la puerta! Te lo ruego, abre la puerta. Vas a ponerte enferma. ¿Qué estás haciendo, Louise? ¡Por todos los cielos, abre la puerta!

–Márchate. No voy a ponerme enferma.

No lo haría, pues bebía del elixir de la vida a través de la ventana abierta.

Su imaginación corría desbocada por todos aquellos días que tenía por delante. Días primaverales y días estivales, y todo tipo de días que serían únicamente suyos. Rezó en voz baja para que la vida fuera larga. Y pensar que ayer sentía escalofríos al pensar que la vida podía ser larga.

Se puso en pie y abrió la puerta ante la insistencia de su hermana. Había un triunfo febril en su mirada y caminaba inconscientemente como una diosa de la Victoria. Cogió a su hermana por la cintura y juntas bajaron las escaleras. Richards las esperaba abajo.

Alguien estaba abriendo la puerta principal con una llave. El que entró era Brently Millard, algo desahogado tras el viaje, cargando con su maletín y su paraguas como si tal cosa. Había estado lejos del lugar del accidente, de hecho ni siquiera sabía que este había acontecido. Permaneció de pie, sorprendido ante el desgarrador grito de Josephine y el movimiento rápido de Richards para ocultarle y que su esposa no le viera.

Pero Richards no había sido lo suficientemente rápido.

Cuando llegaron los médicos dijeron que había muerto de una enfermedad del corazón: la alegría que mata.

(Kate Chopin, "Historia de una hora", "The Story of an Hour", en VV.AA., *La nueva mujer. Relatos de escritoras estadounidenses del siglo XIX*, Prólogo y traducción de Gloria Fortún, Madrid, Editorial Dos Bigotes, 2017, pp. 30-36).

La autora norteamericana que coloca el espejo en el que se refleja el cuento de Pardo Bazán, solo apenas nueve años posterior al suyo de 1894, publicado en la revista *Vogue* poco antes que en libro –una autora que también maneja elementos simbólicos como las llaves, el dinamismo vertical arriba y abajo, así como la noción explícita de libertad– es

Kate Chopin (St. Louis, 1850-Missouri, 1904), conocida por *El despertar* [*The Awakening*, 1899, que en un principio se tituló *Un espíritu solitario*], que sigo por la traducción, prólogo y notas de Olivia de Miguel (Madrid, Ediciones Hiperión, 1986). Hija de un inmigrante irlandés y de madre de ascendencia francesa, descuella su talento para la novela y el relato breve. Algunas calas en su novela más universal pueden ayudarnos a postular este ejercicio especular que los dos cuentos, tan emparentados, facilitan. En p. 12, el prólogo nos hace saber el escándalo que supuso la novela y que “Lo que indignó los ánimos puritanos hasta límites insospechados de cretinismo fueron los titubeantes sentimientos maternales de Edna [...]; el adulterio sin la disculpa «del amor»; el suicidio como un acto de libertad, y sobre todo que Kate Chopin no condene el comportamiento de Edna abiertamente”. Más adelante, en p. 17: “Uno no sabe si necesita más fuerza para vivir o para morir, pero en cualquier caso, el conocimiento de los propios límites y los del mundo externo siempre nos lleva a elegir entre la duración y la intensidad. Edna [Pontellier, la protagonista de *El despertar*] pertenece a esos que optan por la segunda”.

Fue Kate Chopin traductora de Maupassant y nunca militó en organizaciones políticas ni sufragistas. Acerca de los titubeantes sentimientos maternales de Edna, y de la idea de que ella es una valiosa propiedad personal de Mr. Pontellier, surgen en la novela pasajes como este, en la p. 28: “Una opresión indefinible, que parecía originarse en algún lugar desconocido de su conciencia, la colmaba de una vaga angustia. Era como una sombra, una neblina atravesando su espíritu en un día de verano. El estado de ánimo resultante era extraño y desconocido. No estaba sentada recriminando a su marido, o lamentándose del Destino que había dirigido sus pasos por el camino que habían seguido. Sólo estaba dándose una buena llorera”. O este de las pp. 30-31, relativo al rol femenino más frecuentado:

Eran mujeres que idolatraban a sus hijos, adoraban a sus maridos y consideraban un alto privilegio anularse como individuos y desarrollar alas como ángeles de la guarda. Algunas resultaban deliciosas en su papel; una de ellas era la encarnación de todas las gracias y encantos femeninos, y su marido, si no la hubiese adorado, habría sido un bruto merecedor de muerte por tortura lenta. Se llamaba Adèle Ratignolle; no hay palabras para describirla, excepto las clásicas que tan a menudo han servido para describir a antiguas heroínas de novela y a las hadas de nuestros sueños. Sus encantos no tenían nada de sutil ni de oculto; toda su belleza estaba a la vista, esplendorosa y manifiesta: la madeja de pelo dorado, que ni peines ni prendedores lograban contener; los ojos, azules como zafiros; los labios fruncidos en un mohín, tan rojos que, al mirarlos, sólo podían recordar las cerezas o alguna otra sabrosa fruta carmesí. Estaba engordando un poco, pero esto no parecía restarle un ápice de su gracia en cada paso, postura o gesto. No se podía desear que su cuello blanco estuviese una pizca menos lleno, ni que sus hermosos brazos fuesen más esbeltos. No existieron jamás manos más exquisitas que las suyas, y era un placer contemplarlas cuando enhebraba la aguja o se ajustaba el dedal de oro en el afilado dedo corazón, mientras cosía los pantaloncitos de dormir o reformaba un corpiño o un babero.

Diferentes tipologías femeninas, entre ellas la de la mujer maternal o la de excéntrica, son puestas a contribución para que emerja, en toda su singularidad, la personalidad

de Edna. Así en p. 39, donde se explican su educación sentimental y los derroteros que seguirá: "Hacer confidencias había sido, hasta entonces, un rasgo ajeno al carácter de Mrs. Pontellier. Incluso de niña, su pequeña vida infantil había sido reservada. Muy pronto aprendió instintivamente la dualidad vital entre la vida externa que asiente y la interna que cuestiona"; o en p. 45:

Su matrimonio con Léonce Pontellier fue simplemente un accidente, como muchos otros matrimonios que pretenden haber sido dispuestos por el Destino. Lo conoció mientras vivía su gran pasión secreta [era enamoradiza]. Él se enamoró como suelen hacerlo los hombres, e insistía en cortejarla con tal seriedad y ardor, que no se podía pedir más. A Edna le gustaba; le halagaba su rendida devoción, e imaginó que existía entre ellos una complicidad de pensamientos y gustos, lo cual resultó una falsa suposición. Si a esto se añade la violenta oposición de su padre y de su hermana Margaret a que se casara con un católico, no es necesario ahondar más en los motivos que la llevaron a aceptar a Monsieur Pontellier como marido. / El colmo de la felicidad, es decir, el casarse con el actor, no era su destino en esta vida. Le pareció que debía entrar en el mundo de las cosas reales con cierta dignidad, como esposa devota de un hombre que la adoraba, cerrando para siempre tras ella las puertas que conducen al reino de la aventura y de los sueños. / Pero poco después de que el actor fuera a unirse con el oficial de caballería, el joven novio y unos cuantos más, Edna se encontró enfrentada con la realidad. Empezó a tomar cariño a su marido, advirtiéndolo, con una inexpressable satisfacción, que en el afecto que sentía por él no había rastro de pasión ni de excesivo y falso ardor, y que, por tanto, su sentimiento no amenazaba disolución. Quería a sus hijos de un modo desigual e impulsivo. A veces, los habría apretado apasionadamente contra su corazón; en otros momentos, los habría olvidado.

Vamos paladeando el desacostumbrado sabor de la sinceridad con la fuerte brisa que sopla desde el Golfo y su melodía menor: "Al oírla, imaginaba la figura de un hombre de pie junto a una roca desolada, en la costa. Estaba desnudo y contemplaba, con actitud resignada y sin esperanza, un pájaro que en la distancia volaba alejándose de él. ... su espíritu estaba dispuesto a dejarse impresionar por la verdad irrevocable". Vemos a Robert en p. 59 y el mar, pero sobre todo asistimos a su paulatina toma de conciencia: "Le invadió un sentimiento de júbilo, como si algún poder de significativa importancia le hubiera otorgado el control del funcionamiento de su cuerpo y de su alma. Continuó desafiante y temeraria, sobrevalorando su fuerza. Quería nadar lejos, hasta donde ninguna mujer hubiese llegado antes". Numerosos momentos evocan situaciones y atmósferas pardobazanianas, en particular el penetrante modo del autoexamen, el palpito de una sexualidad femenina irrefrenable, la sensorialidad alerta, así en pp. 73-75, del cap. XIII:

Una vez sola en la pequeña habitación contigua, Edna se aflojó la ropa y se desnudó casi enteramente. Se lavó la cara, el cuello y los brazos en la jofaina situada entre las ventanas. Se quitó los zapatos y las medias y se estiró en el mismísimo centro de la gran cama blanca. ¡Qué sensual resultaba descansar así, en una cama ajena y exótica, con el dulce olor campesino a laurel que impregnaba las sábanas y el colchón! Estiró sus fuertes miembros, un poco doloridos. Durante un rato, recorrió con los dedos su melena suelta. Contempló sus brazos redondos mientras los sostenía estirados hacia arriba y se los frotaba alternativamente, observándolos de cerca, como si viera por primera vez la

suave y firme calidad y textura de su carne. Se agarró las manos suavemente por encima de la cabeza y así se quedó dormida. / Al principio durmió ligeramente, medio despierta, y perezosamente atenta a lo que sucedía a su alrededor. Oía el pesado renquear de los pasos de Madame Antoine caminando de un lado para otro sobre el piso de arena. Unos cuantos pollos cloqueaban al otro lado de las ventanas, escarbando partículas de grava en la hierba. [...] Cuando despertó, tuvo la sensación de que había dormido mucho, y profundamente. Las voces se habían acallado bajo el cobertizo.[...] al alcance de la mano una cajita de *poudre de riz*. Edna se empolvó la nariz y las mejillas, mientras se miraba de cerca en el espejito que, colgado en la pared sobre la jofaina, distorsionaba la imagen. Tenía los ojos brillantes y completamente abiertos; su rostro resplandecía. / Cuando terminó su aseo, caminó hasta la habitación contigua. Tenía mucha hambre y allí no había nadie. Sin embargo, sobre una mesa con mantel, que estaba junto a la pared, había un cubierto con un panecillo oscuro y curruscante y una botella de vino al lado del plato. Edna dio un mordisco al panecillo, rompiéndolo con sus fuertes dientes blancos. Vertió un poco de vino en el vaso y se lo bebió de un trago. Después, salió sigilosamente al exterior y, cogiendo una naranja de una rama baja, se la tiró a Robert, que ignoraba que estuviera despierta y levantada.

El examen introspectivo de Edna está puntuado de una plétora de sensaciones que marcan un antes y un después, una ruptura con el ser que fue desde su actual yo. Así, en p. 87:

Edna mordió convulsivamente el pañuelo, esforzándose en retener y ocultar, hasta para sí misma, como si lo escondiera a un extraño, la emoción que la angustiaba y la destrozaba. Tenía los ojos rebosantes de lágrimas. Por primera vez reconoció de nuevo los síntomas del enamoramiento que, de manera incipiente, había sentido de niña, de muchacha, en los primeros años de adolescencia y, más tarde, de joven. La constatación del hecho no disminuyó su realismo, ni la intensidad de la revelación se redujo con sombras o promesas de inestabilidad. El pasado no significaba nada para ella; no le ofrecía ninguna lección que estuviera dispuesta a tener en cuenta. El futuro era un misterio que nunca había intentado interpretar. Sólo el presente tenía significado; era suyo, para torturarla, como lo estaba haciendo en este momento, con la punzante convicción de haber perdido lo que poseía, de haberle sido negado aquello que su ser apasionado, nuevamente despierto, pedía.

Su ensimismamiento es patente aquí, y no se atribuye a otra cosa que a su deseo de ser otra:

Mientras caminaba por la calle pensaba en Robert. Aún estaba bajo el hechizo del enamoramiento. Había intentado olvidarle, al advertir lo inútil que resultaba su recuerdo. Pero pensar en él era como una obsesión que le acosaba constantemente. No es que se detuviera en los detalles de sus primeros encuentros, ni rememorase algún rasgo especial o peculiar de su personalidad: era su ser, su existencia, lo que dominaba su pensamiento, desvaneciéndose a veces como si se fundiera en la niebla del olvido, reavivándose de nuevo con una intensidad tal, que la colmaba de un incomprensible deseo. [...] Edna no podía evitar la idea de que haber pisoteado su alianza y estampado el jarrón de cristal contra el piso de la chimenea había sido una tontería completa y absolutamente infantil. No le asaltaron más arranques que la empujaran a usar recursos tan fútiles. **Empezó a obrar como quería y a sentir como deseaba.** [...] Mr. Pontellier se preguntaba a veces

si su mujer no se estaría trastornando. Veía claramente que Edna no era ella misma. Es decir, él no veía que Edna estaba llegando a ser ella misma y desechando día a día ese yo ficticio que asumimos como un disfraz con el que aparecer ante el mundo. [...] Había días en que era desgraciada sin saber tampoco por qué. Días en los que parecía no merecer la pena estar contenta o triste, viva o muerta; momentos en que la vida parecía un grotesco pandemónium y la humanidad gusanos que se desvivían ciegamente hacia su inevitable aniquilamiento. En tales momentos, no podía trabajar [pintaba] ni tejer las fantasías que aceleraban sus latidos y encendían su sangre (101-107).

En p. 142, ya leemos que "pasara lo que pasara, había decidido no volver a pertenecer a nadie más que a sí misma" y quiere en p. 146: "buscar un momento para pensar, para tratar de averiguar qué clase de mujer soy, porque sinceramente no lo sé. Según los códigos de comportamiento que conozco, soy un ejemplar de mi sexo extraordinariamente perverso. Pero de alguna manera no logro convencerme a mí misma de que lo soy. Tengo que pensar en ello". La mujer excéntrica, Mlle Reisz, es el detonante, en p. 147: **"hoy, cuando me marchaba, me rodeó con sus brazos y me tocó las paletillas para comprobar, según dijo, si mis alas eran fuertes. El pájaro que quiere remontarse por encima del nivel ordinario de la tradición y los prejuicios debe tener las alas fuertes. Es un triste espectáculo ver a los débiles, magullados y agotados, aletear de vuelta a la tierra"**. Se desencadena todo un proceso que el narrador no duda en nombrar en metafóricamente, en p. 149 : "Sentía como si alguien hubiera retirado una bruma de delante de sus ojos, permitiéndole ver y comprender el significado de la vida, ese monstruo hecho de belleza y brutalidad. Pero entre las conflictivas sensaciones que la asaltaban, no había ni vergüenza ni remordimiento. Sentía una débil punzada de pena, porque no era el beso de amor el que la había encendido, porque no era el amor quien había sostenido esta copa de vida en sus labios". No puede ser otra la consecuencia: "Ya no soy una de las posesiones de Mr. Pontellier, para que pueda disponer o no de mí" y confiesa al doctor Mandelet: "Bueno, tal vez, después de todo, sea mejor despertar, incluso para sufrir, que permanecer víctima del engaño toda la vida" (190). Y somos testigos, en p. 195, de cuál es el punto de resurrección, de despertar, de libertad, que los cuentos arriba transcritos señalan sin ambages no de otra manera:

El descorazonamiento la había invadido durante aquella noche en vela, para no abandonarla nunca. No había nada en este mundo que ella deseara. No había ningún ser humano cuya proximidad le fuera grata, excepto Robert. Pero no dejaba de darse cuenta de que también llegaría el día en que Robert se desvaneciera de su existencia, dejándola sola. Los niños se le presentaban como antagonistas que la habían derrotado, que habían podido con sus fuerzas y que la arrastraban hacia la esclavitud del alma para el resto de sus días. Pero conocía un modo de evitarlos. No pensaba en nada de esto mientras caminaba hacia la playa. 196: Pensó en Léonce y en los niños. Eran parte de su vida. Pero no deberían haber creído que podían poseerla en cuerpo y alma. [...] El cansancio la estaba oprimiendo, dejándola sin fuerzas. / «Adiós –porque te quiero». Qué sabía él [Robert], qué comprendía. Tal vez el Doctor Mandelet habría comprendido, si hubiera ido a verlo; pero era demasiado tarde: había dejado muy atrás la orilla, y no le quedaban fuerzas. / Miró hacia la distancia y el viejo terror alumbró en ella por un momento, para desaparecer enseguida. Edna oyó la voz de su padre y la de su hermana Margaret. Oyó

el ladrido del viejo perro que una cadena ataba al tronco del sicómoro. Las espuelas del oficial de caballería resonaron mientras atravesaba el porche. Había zumbido de abejas, y llenaba el aire el pegajoso olor de los claveles.